

En Inglaterra a la cocina de gas
le llaman **GAS RANGE**



LUZ PUBLICIDAD

En España se dice

FAGOR

10 VENTAJAS EN UNA
SOLA COCINA A UN PRECIO
SIN COMPETENCIA

- **Elegante:** Nueva línea estilo italiano.
- **Fácil limpieza:** Mesa estanca.
- **Cómoda:** Parrillas continuas.
- **Completa:** 4 quemadores: 1 gigante y doble.
- **Robusta:** Armazón en un solo bloque, con horno visible de amplias dimensiones.
- **Funcional:** quemadores para todo gas.
- **Perfecta:** Gratificador a rayos infrarrojos.
- **Máximo aprovechamiento:** Amplio horno y calentaplatos.
- **Racional:** Puerta de horno con cierre controlado en dos tiempos y tapa con amortiguador de caída.
- **Práctica:** Dos tomas de gas.



MODELO VERA



LICENCIAS **FARGAS**

10 MODELOS DE COCINAS EN LA ESCALA
DE CONFORT DO-RE-MI **FAGOR**

2.000 AÑOS DE AMOR



*Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.*

Y, sin embargo, el corazón del hombre que escribió estos versos estuvo solo durante los años jóvenes, en los cuales el amor es siempre una presencia inevitable.

En la poesía de Antonio Machado había, en cambio, como una seguridad del amor por venir. Del sentimiento que habría de llegar a su vida para llenarla toda.

Los escarceos de su hermano Manuel —el confidente, el colaborador, el «otro yo», inseparable y diverso— le hacían sonreír. El no era el hombre de chachara galante, solicitud divertida, requiebro ingenioso, aspecto afilado que atrae a las mujeres. Vivía metido en su caparazón exquisito hecho de poesía y sueño, de meditación y humildad. Esperando, «Sabiendo» que en alguna parte de la tierra había una mujer que también esperaba el gozoso encuentro.

leonora, la niña

Fue en Soria, la ciudad castellana donde Machado desempeñaba sus funciones como profesor de francés del Instituto de Enseñanza Media. Su vida se desenvolvía con monótono ritmo. El ambiente provinciano que le rodeaba despertaba en él la nostalgia de sus tertulias en Madrid, las charlas interminables con su hermano.

Sólo le distraían de su aburrimiento las horas de las clases, porque en ellas podía dar rienda suelta a una de sus más fervorosas vocaciones: la de maestro. Y también los libros, los largos paseos, solo, por las viejas calles de la ciudad.

Así, el poeta andaluz comenzó a trabar conocimiento con aquellos paisajes y a amarlos con la profundidad que iba a confesarse más tarde en uno de sus mejores cantos: «Campos de Castilla».

Por entonces sus presentimientos se hicieron más precisos.

*Abre el balcón.
La hora de una ilusión se acerca.*

Leonora Izquierdo Cuevas llegó a Soria para pasar las fiestas de San Saturno, patrón de la ciudad, en casa de sus tíos. Precisamente en la casa donde se hospedaba Antonio Machado.

Con ocasión de aquel primer encuentro no puede hablarse de amor, ya que la recién llegada —menuda, graciosa, vivaz— no tenía más de catorce años. Fue dos años más tarde, en 1903, cuando el poeta treinta y cuatro, cuando se inició el que iba a ser brevísimo noviazgo.

Los versos de Machado, en esos tiempos, dan clara cuenta de su inquietud...

*Por la calle de mis celos
en veinte rejas con otro,
hablando siempre te veo.*

...y de su felicidad.

*Senti tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.*

La boda del catedrático y la jovencita, en una mañana de junio, despertó simpatía y curiosidad unánimes. Toda la ciudad se volcó al paso del cortejo, agolpándose luego en las naves de Santa María la Mayor, donde tuvo lugar la ceremonia.

Aquella desmesurada expectativa, los comentarios de las gentes, el bullicio

DOS MUJERES EN LA VIDA DE ANTONIO MACHADO: LEONOR Y GUIOMAR

que rodeó el momento que Machado hubiera querido sereno y recogido, consiguieron que fuera para el poeta, paradójicamente, un verdadero martirio, como muchos años más tarde escribirá en una de sus cartas a Guiomar.

La pareja hizo su viaje de novios a Zaragoza, Pamplona, Fuenterrabía y Madrid, ya que su primer proyecto, el de ir a Barcelona, se frustró por coincidir las fechas con la de la tristemente célebre «semana trágica».

A su regreso a Soria, Machado reanudó sus actividades en el Instituto, sus paseos a orillas del Duero, embellecidos ahora por la dulce compañía de Leonor. Era la felicidad, tanto más intensa por cuanto estaba destinada a ser corta, que el poeta había entrevisto en sus más ambiciosos sueños.

Con motivo de una pensión que le fue concedida a Machado para ampliar estudios en París, el matrimonio se trasladó alegremente a aquella ciudad. Leonor no la conocía y su marido, que ya había estado en la capital francesa en dos ocasiones anteriores, se convirtió para ella en entusiasta cicerone.

Nada hacía suponer que la salud de la joven esposa fuera a quebrarse repentinamente y fatalmente. Sin embargo, el 14 de julio, el mismo día en que la población parisiense celebraba con fiestas y bailes jubilosos el aniversario de la independencia, Leonor tuvo una hemoptisis.

Dos meses después, algo recuperada, volvió a Soria; pero ya para esperar la muerte inevitable, que llegó el 1 de agosto de 1912, a las diez de la noche.

Todo el inmenso dolor de Machado supo hacerse pudoroso y callado al dedicar a la querida esposa esta simple lápida: «A Leonor, Antonio».

guiomar, la mujer

Ni los que más íntimamente trataron a Machado supieron, hasta después de su muerte, que otra figura femenina había llegado a alegrar su vida con una nueva ilusión. Su nombre aparecía frecuentemente en los versos del ilustre vate; pero nadie sospechó que Guiomar fuese más que una musa, una invención, un fantasma poético.

*¡Sólo tu figura,
como una centella blanca,
en mi noche oscura!*

*¡Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena,
súbitamente, Guiomar!*

*En el nécar frío
de tu zarcillo en mi boca,
Guiomar, y en el calofrío
de una amanecida loca,*

*Asomada al malecón
que bate la mar de un sueño
y bajo el arco del ceño
de mi vigilia, a traición,
¡siempre tú!*

*Guiomar, Guiomar,
mirame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.*

«Reo de haberte creado...» ¿No era este verso la confesión palmaria de la inexistencia de Guiomar?

Así lo creyeron todos hasta que salió a la luz el libro *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, de Concha Espina, en cuyas delicadísimas manos puso un amigo de Guiomar las cartas que el poeta le había escrito.

No conocemos las circunstancias por las cuales debían permanecer ocultas las relaciones de Machado y la segunda mujer de su vida; pero sí la enorme importancia que durante años resistieron para él.

«Vengo del teatro —escribe a Guiomar—. No quería ir porque no me gusta verte rodeada de gente. Eres para mí tan de otro mundo, diosa mía, que sufro mucho viéndote entre mortales. Como encontré allí muchos conocidos, sufrí doblemente buscándote con los ojos para verte sin que nadie viera que te veía. Te reconoci en seguida, de espaldas, por tu pelo negro, diosa mía. ¡Único! Inconfundible, y por ese halo o corona imaginaria que

envuelve siempre tu figura a los ojos de tu poeta. ¿Cómo será que siempre van mis ojos hacia ti, aunque te encuentres entre mil personas?»

Esta correspondencia, casi diaria durante siete años, comenzó en la primavera de 1909, largamente cumplida por el poeta la cincuentena. Y ella nos permite entrever el rostro, la figura, la personalidad de Guiomar que, fuera de estas cartas, parece haberse desvanecido igual que un sueño confuso o no haber existido nunca, como se creyó en un principio. La causa de este misterio en torno a la figura de la mujer que ni siquiera sabemos si se llamó Guiomar realmente o fue bautizada así por el poeta, la vemos confirmada en la carta transcrita más arriba y también en ésta:

«En el tren, solo y pensando en mi diosa, y viéndola con su traje azul en el balcón...»

*Hora del último sol.
La damita de mis sueños
se asoma en mi corazón.*

Antonio Machado y su esposa, Leonor, el día de su boda.



Es otra imagen adorada para el recuerdo y sólo para el recuerdo; el balcón de la diosa. Pero *fiel a tu mandato*, no he vuelto a pasear por allí. ¡Adiós, altar de mis oraciones, donde a mi manera solitaria tanto peregriné! Compadece a tu pobre poeta, siempre luchando con la distancia...»

Machado, por entonces, era profesor en Segovia y allí vivía. Pero Madrid, donde estaba «su diosa» —siempre la llamaba así—, le atraía más que nunca. Siempre rodeados de misterio, siempre con cautela, se veían en un café apartado o en la propia casa del poeta, en Segovia, las raras veces que Guiomar podía desplazarse hasta allí. Poca cosa para un corazón enamorado; pero bastante para colmarlo cuando es, además, el de un hombre excepcional.

«Sin ti hace ya mucho tiempo que no viviría y así mi vida entera no es más que un homenaje a mi diosa. Fuera de esos momentos en que nos vemos, el resto de mi vida no vale nada; ¡nada!, diosa mía. Yo te juro que nada de ella me alegra: ni éxitos, ni halagos, ni gloria literaria...»

«Dices en tu carta, diosa mía, que si no me cansaré yo de un cariño con tantas limitaciones. Considero esto muy absurdo y no pienso siquiera que lo escribas en serio. No; tu cariño es algo para mí tan esencial, que es la razón sine qua non de mi vida...»

La unión de Machado y Guiomar no se basaba solamente en una razón de sentimiento, sino en una compenetración intelectual y espiritual completa.

«Nuestra Lola —se refiere a «La Lola se va a los puertos»— avanza. Cuando termine la escena final te la leeré para que me digas tu opinión y, sobre todo, para que nadie la conozca antes que mi diosa. ¿No soy tu poeta? Con ese título quisiera yo pasar a la historia. Lo que a ti no te guste se borra y se hace de nuevo.»

El glorioso autor escucha la opinión de la amada, se regocija de sus elogios, porque era, según sus palabras, «el gusto y el talento mismos». Pero los sucesos políticos que conmovieron a España obligaron a los enamorados a separarse. A la triste noticia, comunicada por Guiomar, contesta Machado con su infinita generosidad de siempre:

«...¿Qué va a ser de mí cuando te vayas? Sin embargo, si yo sé que no me olvidas y que ese viaje es para bien tuyo y de los tuyos, me resignaré pensando en ti y pidiendo a Dios por tu salud, por tu alegría, por tu felicidad. Adiós, mi reina, mi diosa, mi estrella inasequible, siempre cerca y siempre lejos. Que Dios te bendiga. ¡Adiós!»

En 1935 terminó toda comunicación entre el poeta y Guiomar; pero el recuerdo de la mujer que iluminó sus últimos años le acompañó hasta el día de su muerte. «Mientras podamos recordar —recordarnos— vivimos y la vida tiene un valor, el de nuestras imágenes.»